



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

10 | 2014
El XIX en el XX

Fragmento de *Romance de la Negra rubia* (novela)

Buenos Aires, Eterna Cadencia, marzo 2014

Gabriela Cabezón Cámara



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/1696>

DOI: 10.4000/lirico.1696

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Gabriela Cabezón Cámara, « Fragmento de *Romance de la Negra rubia* (novela) », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 10 | 2014, Puesto en línea el 15 marzo 2014, consultado el 20 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/1696> ; DOI : 10.4000/lirico.1696

Este documento fue generado automáticamente el 20 abril 2019.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Fragmento de *Romance de la Negra rubia* (novela)

Buenos Aires, Eterna Cadencia, marzo 2014

Gabriela Cabezón Cámara

Para mis padres,
Alfredo Cabezón
y Mirta Cámara

La negra sombra

Inminencia

- 1 Un azul de brillo poliestirénico y tenso, con el extremo más alto un poco abultado y punzante : el tejido basto de los pantalones milicos apretando las rodillas que quiebran veloces la gravedad, inflándole el bombo a un instante que, se sabía, explotaría en las cosas, haría esquivarlas del dominio ajeno del territorio pisado y de los cuerpos mismos de los enemigos que suelen estar, para empezar, enfrente, dominados al final o en el transcurso de la avanzada, es decir cuando la inminencia que brillaba en la tela tensa de las rodillas ya no era más que restos estallados y los que estaban enfrente ya se habían resignado a ser alfombra de milico, pero antes, cuando la tela azul se tensaba abultada y punzante, cuando lo porvenir se hinchaba de sí mismo, antes y atrás, la cuerina negra de los borceguíes, más adivinada que vista : esa fue la primera imagen que tomaron con teléfonos y tabletas y cámaras la mañana de diciembre en que empezó esta historia.
- 2 Porque hay que comenzar a contar por algún punto y podría ser cualquiera : el mismo Génesis con árbol, prohibición, serpiente, mordida y hombre y mujer en pelotas, avergonzados y sollozantes huyendo de la ira de Dios a ganarse el pan con el sudor de su frente y a parir con dolor, o incluso antes del Génesis se podría empezar porque el judeocristianismo será el principio de algo pero no de todo y para cuando empezó ya habían expulsado de otro edén al primer hombre de los brahmanes por comer de otro

árbol y, en la Persia de Zoroastro, a otro primero, por mentir y así, cada pueblito con su paraisito perdido y su principio de principios. Las rodillas antes que las gorras y que las armas y que las caras, por ponerle algún punto de inicio también a la cronología del desalojo que se superpone, en parte, con la cronología de una santidad, la mía, porque de eso se trata esta historia que podría haber empezado en otra parte, por ejemplo en los espejos de los baños de las casas más o menos vecinas de cualquiera de los canas del pelotón de infantería allí presentes que seguramente se habrán afeitado y peinado y maquillado, las canas también se pintan, en su mayor parte con base y rimmel y sombra celeste sobre los ojos marrones y se atan el pelo que les queda tirante siempre, ha de tener algo de marcial lo tirante. Lo primero, porque sí, es que se acercaron a negociar o, con más precisión, a ordenar el desalojo, unos diez policías con un par de tipos de traje y papeles judiciales en mano, de esos que se pretenden, y a veces son, más elocuentes que las armas porque se sabe que de esas tienen tantas, atrás de las palabras, que nunca se acaban y entonces cuando dijeron : “Empaqueten sus cosas y salgan. Así no les va a pasar nada y les vamos a dar otras casas. Pero si no salen los sacamos nosotros y se van a vivir a una zanja” se entendía que el nosotros no era tanto por ellos como por los cien canas que estaban formados atrás de ellos en un semicírculo en el que los vecinos se veían reflejados a sí mismos junto con las espaldas de los judiciales sobre las superficies combadas de los escudos de acrílico o de vaya a saber qué pero bruñidos como espejos negros que los uniformados llevaban con su coreografía tan viril como embarazada de desastre.

- 3 Era casi de noche todavía, las seis y media de la mañana : en casi todos los videos y las fotos se ven las caras blancas y sin relieve de los judiciales y las fugacísimas supernovas de los flashes fisuradas por las estrías de la superficie convexa de los escudos policiales, llenos de rayas como todo relato de tanta batalla. Muertos de frío, con las camperas arriba de los pijamas, algunos en pantuflas, los delegados de los vecinos pidieron un rato para deliberar. Se los dieron. Se juntó una pequeña multitud, una asamblea en el Salón de Usos Múltiples del hall de entrada, que llamaban y siguen llamando Asamblea, se pusieron de acuerdo en pedir unos días para embalar y no pudieron terminar de discutir la tesis del grupo más aguerrido, que calculaba las posibilidades de una resistencia exitosa : desde los pisos más altos, con las balas que tenían, las molotovs que podrían armar y sin olvidar el aceite y el agua hirviendo que habían derrotado al ejército de la pérfida Albión unos 230 años antes. No terminaron de discutir por el estruendo del helicóptero de la Ley, un arma cuya modernidad indiscutible explicaba en parte la victoria antigua de los porteños sobre los ingleses en 1806 y 1807 pero que ahora anunciaba la inutilidad de una resistencia desde las alturas y que no permitió discutir ni la alternativa de tirar lo mismo pero desde las ventanas para aprovechar las dificultades de disparar desde helicópteros en medio de Buenos Aires. No lograron discutir ninguna otra estrategia porque además del dominio del espacio, otra de las armas de los helicópteros es llenar de ruido ese mismo espacio que miran desde su celestial posición. Salieron y pidieron, a los gritos, un día para embalar sus cositas. Les dijeron que no. Unas horas, sí, cinco les otorgaron los judiciales y señalaron hacia los camiones jaula que empezaban a llegar y que officiarían de empresa mudadora, como muestra de la buena voluntad del gobierno hacia los vecinos, explicaron. Yo estuve ahí, pero todo esto me lo contaron después.

Cómo me hice santa

- 4 Cuando llevaba apenas minutos en coma farmacológico, con diagnóstico de pronto deceso, y horas de clínica agonía, tuvieron los míos el indicio o la señal, y digo los míos

porque me hicieron suya con certeros reflejos en segundos, los que le tomó a la tele llegar a las puertas de la Comuna. Llegaron por el fuego, bonza, antorcha humana, titulaban calientes, hinchados de placer, casi chamusqueados también ellos, pero apenas pudieron filmar la ambulancia que se iba en medio del caos y describir el olor a asado raro que quedaba : “como cualquier asado, pero más dulce” explicó uno.

- 5 Fue entonces cuando, con el fervor que provoca toda cámara, al calor de la tv, y al grito de “¡tenemos una muerta !”, “¡tenemos una muerta !”, se hicieron míos y me hicieron suya los míos y se enardecieron más cuando alguno prendió la tele y se vieron en vivo y a los gritos y con buen criterio de rating le agregaron al show del telediario una tan armoniosa como espontánea coreografía : el arrojo de proyectiles a la policía. Les tiraron, primero, con los cascotes que quedaban de la demolición del edificio de al lado. Como un proyectil llama a otro y, cuando hay con qué, de mayor calibre, siguieron con las botellas, los platos, las sillas, los inodoros, los pinceles petrificados de pintura que cayeron como flechas. Se vio, incluso, repetida todo el día, desde diversos ángulos y en cámara lenta, la aplastante trayectoria del vuelo de un futón de algarrobo de dos plazas. La policía no se quedó atrás. A ellos también les gusta salir en la tele aunque el efecto que les genera es inverso ; se ablandan con las cámaras y pasan del plomo a la goma. Al final de la contienda, entre los míos hubo cuatro caídos de caída reparable por los corchazos de caucho, dos caídos para siempre por un par de canas que no padecen el efecto cámara del mismo modo que sus compañeros y un patrullero laminado por el futón que había cortado breve pero contundente el aire de la avenida. Y unos cuarenta detenidos, esos todos del lado de los míos. Después de llenar los camiones con los revoltosos, la policía procedió al desalojo y acordonó el edificio. Alrededor, aquellos de los míos que no estaban presos ni caídos comenzaron a improvisar un campamento, pero ya al grito de “¡tenemos tres muertos, tenemos tres muertos !”. Cuando alguno vio en su celular que la prensa estaba titulado así, “dos muertos y una mujer agonizando en un desalojo”, se acordaron de los créditos y agradecieron : fue “invalorable”, le dijeron a las cámaras, la ayuda de la ONG “El techo propio” que envió cientos de metros de manteles de nylon de claro origen chino y de incierto periplo internacional : nadie sabía de dónde los había sacado la ONG. Tampoco había tiempo de preguntarse nada y mucho menos de inquirir sobre la procedencia de lo necesario. Sólo se acomodaron lo mejor que pudieron debajo de los manteles blancos estampados con flores rojas y doradas y cuando el último, el más lento, el más frágil de los míos logró por fin sus metros cuadrados de mantel, estalló la tormenta. Alguien leyó en eso el comienzo del milagro pero fue una lectura posterior en varios días a los hechos que relato. Esa noche, cuando vio que “la tormenta esperó” hasta que el más pequeño de los míos “tuviera un techo para estallar”, uno de los movileros de la tele atinó a balbucear : “dentro de todo, es una desgracia con suerte”. Y nadie lo contradujo.

La voz de los sin voz

- 6 Se sabe : las cosas se caen para abajo, el agua moja y la luz viaja más rápido que el ruido : con esa fuerza, la de la naturaleza, los muertos, porque todo concluye al fin y los casos de represión conllevan muchas veces el más definitivo de los finales para una parte o todos los reprimidos, llaman a los medios como si tuvieran voz. En las horas siguientes, atraídas así, como un satélite por la Tierra, como un oso por la miel, como un cuervo por las entrañas de otro bicho recién muerto, las cámaras, carroñeras y caranchas, fueron

derecho a esos restos, los que suelen terminar siendo la voz de los muertos : los deudos. Hasta la palabra, que deriva de otra que en latín significa “debido”, carga con la fuerza de lo inevitable a los que toman la posta de los sin voz de verdad, los que ya no, los que tienen un relato redondo de sus propias vidas justamente porque no pueden contarlos, los que ya tuvieron fin. Así que rodeados de organizaciones populares, centros de estudiantes, punteros políticos y diversos grupos de artistas más o menos insurgentes y emergentes, los míos llamaron instalación a su campamento y performance a la vida que tuvieron que llevar ahí. Juntaban las balas de goma y se las pegaban a un maniquí que tenía un cartel que decía pueblo y sangraba con la misma elocuencia que cualquier virgen de las más expresivas en catedrales mexicanas, italianas y españolas, que no he sabido de ninguna que sangre en Suiza, y serigrafaban remeras con los serigrafistas populares y pintaban paredes con los stencileros y cortaban la calle con un espectáculo de circo y recitaban poemas que escribían ahí mismo, abajo del techo floreado, plástico y navideño. Y el reciente viudo y la reciente viuda eran apuntados por cámaras y micrófonos como si estuviera por atacarlos una especie de mosca extraterrestre de cien ojos y cien púas. Lloraba él y ella lloraba y lloraban los cuatro nenes que sumaban entre los dos abrazados a sus piernas. Y lloraban los que estaban atrás. Ella, las mujeres estamos educadas para asumir deudas de toda índole, tomó la voz de su muerto y de la muerta del otro y habló. Habló de lo maravillosos que habían sido esos muertos cuando vivos, de su pelea, de su dolor, de cómo se habían conocido con su amor, de cómo habían decidido dejar todo por su vocación y vivir en ese edificio tomado por artistas, de cuánto tuvieron que esperar a que hubiera un departamento vacío, de cómo habían decidido traer hijos al mundo para hacer también de su vida puro arte, de cómo funcionaba su comunidad, de cómo resistieron varias órdenes de desalojo, de cómo y hasta qué punto eran una comunidad arte, de cómo se suponía que vivirían ella y sus hijos ahora medio huérfanos.

- 7 Todo con la fuerza de un dolor nuevo al que los cuerpos se le resistían soltando lágrimas con caudal intermitente, como si pensarán los órganos y confundieran el duelo con una inundación y quisiera achicarla a los baldazos : se sacudían los cuerpos de los deudos, gritaban los más chicos de los míos asustados por esa fuerza desconocida que les estaba tomando el cuerpo y la vida y que en unos días los tendría dominados y casi reducidos al silencio. Primero se le resiste, pero el dolor gana y reina como una triple gravedad sobre el dolorido : le pesa, le gasta la energía, lo abate hasta la horizontalidad y la voz casi inaudible cuando las pocas palabras.
- 8 Por mí habló, empalidecida más por la resaca que por el dolor, la artista de la basura, la que me hospedaba la madrugada del desalojo. Nos habíamos conocido, esto no lo recuerdo pero me lo contaron tantas veces que terminó siendo un cuento tan mío como los de mi propia infancia, en la inauguración de su muestra, que además de sus complejas obras incluyó lecturas. Yo fui una de las poetas. Dijo que yo estaba ahí porque quería integrarme a la comunidad y ella pensaba cederme una de las habitaciones de su departamento. Mintió : estaba porque uno de los invitados asistentes a la muestra tenía una roca de merca y terminamos los tres en su casa con seis botellas de whisky y parece que nos tomamos todo en dos días. Yo no me acuerdo de nada. Fue la resaca más negra de mi vida, la que marcó el antes y el después más fuerte de toda mi adultez.